

Wellington, que ascendía á cien mil soldados; esto es, al peligro de ser abrumado por estas fuerzas juntas, ó de ser repelido al corazon de España, lo cual equivaliera á precipitarle en un abismo. Por el segundo plan, condenándole á una travesía de ciento cincuenta leguas en Francia, se entregaban las plazas de Cataluña y la frontera del Rosellon al ejército anglo-siciliano por un éxito muy inseguro, pues era dudoso que no habiendo sabido batir el mariscal Soult al ejército inglés con setenta mil hombres, lo consiguiera con veinte mil de refuerzo, y mas no habiéndole faltado la fuerza numérica en los últimos combates. Asi es que se juzgaron impracticables ambos proyectos, y creyóse fundadamente que solo el fin de la guerra de España, haciendo cesar la alianza de españoles é ingleses, nos podria desembarazar de unos y otros, salvo que mas tarde se viera remanecer en cualquier punto de nuestras costas maritimas á lord Wellington con su hueste. Por último, el 7 de octubre se dejó sorprender el mariscal Soult hácia su derecha en Andaya, con pérdida de dos mil cuatrocientos hombres, y vióse obligado á ceder la primera porcion del territorio francés al enemigo. Pamplona abrió sus puertas el 31, y no asistiendo ya á lord Wellington el motivo mas leve para detenerse en la frontera, casi á pesar suyo iba á ser atraído á cruzarla.

Por tanto la situacion de nuestros ejércitos era tristísima en todas partes: junto al Rhin de cincuenta á sesenta mil hombres agobiados de fatiga, seguidos de igual número de rezagados y de enfermos, teniendo que pelear con los trescientos mil hombres de la coalicion europea: en Italia treinta

y seis mil combatientes, entre veteranos y bisoños, hallándose empeñados con sesenta mil austriacos á las márgenes del Adige, y necesitando contener á Italia, cansada de nosotros, y á Morat próximo á abandonarnos: hácia la frontera de España cincuenta mil viejos soldados acosados por el infortunio, apenas defendiendo contra los cien mil hombres victoriosos de lord Wellington los Pirineos Occidentales, y hácia esta misma frontera otros veinte y cinco mil veteranos, en estado excelente sin duda, pero teniendo que disputar los Pirineos Orientales á mas de setenta mil ingleses, sicilianos y catalanes. Tal era el estado puntual de nuestros asuntos militares expresado con guarismos irrefutables. Verdad es que Napoleon habia acreditado cien veces con cuán prodigiosa rapidez sabia improvisar recursos ¡pero jamás se habia hallado en semejante aprieto! Mas de ciento cuarenta mil hombres de lo mas selecto de nuestras filas se hallaban diseminados por Europa: dentro de Francia solo quedaban depósitos arruinados, que ya este año de 1813 se habian esforzado en instruir en dos ó tres meses á los reclutas, dotándoles con lo mejor que contenian en oficiales y sargentos. Sin duda en los batallones que regresaban á Francia habia viejos soldados y viejos oficiales; pero iba á ser forzoso enviarles los conscritos sin instruccion ni vestuario, para que hicieran lo que los depósitos no tendrian fuerza ni tiempo de hacer por sí propios, y se verian de esta suerte obligados á emplear en la instruccion de los reclutas los dias que necesitaban para el reposo. ¡Y eso si el enemigo les dejaba espacio! Segun hemos dicho se hallaban desprovistas de todo medio de defensa nuestras pla-

zas, que hubieran podido servir al ejército de apoyo, pues quedaron privadas de los objetos mas indispensables con el envío de un material inmenso mas allá de nuestras fronteras. Se poseia en Magdeburgo y en Hamburgo lo que se debiera tener en Estrasburgo y en Metz, y en Alejandría lo que se necesitaba en Grenoble, y aun se hallaba en el campamento de Boulogne una parte de la artillería de Lila. Diseminado estaba en mas de cien ciudades extranjeras el personal de los oficiales de ingenieros, tan numeroso, tan entendido, tan valeroso en Francia. Apenas habia tiempo de formar á toda prisa algunas cohortes de guardias nacionales para acudir á Estrasburgo, á Landau, á Metz, á Lila. Asi Francia, por conquistar el mundo que se nos iba de las manos, se encontraba sin defensa alguna. Nuestra hacienda, en prosperidad poco antes como dirigida con espíritu de orden pasmoso, de resultas de la quimera de la dominacion universal estaba tan exhausta como nuestros ejércitos de todas partes. Por vender se hallaban los bienes comunales, empleados en liquidar los presupuestos de 1811 y 1812 y en cubrir el déficit del de 1813. A lo sumo se habrian presentado compradores para 10.000,000 de dichos bienes. El papel, que representaba su precio anticipado, perdía de 15 á 20 por 100, á pesar de que casi la totalidad del emitido se hallaba en las cajas del Banco y aun de la misma corona, que habian tomado por valor de mas de 70.000,000. Todavía mas desgarrador que el estado material del pais era su estado moral, si cabe en lo posible. Convencido el ejército de la locura de la política, por la cual derramaba su sangre, murmuraba sin rebozo, aunque delante del

enemigo siempre estuviese pronto á defender el honor de las armas. Profundamente irritada la nacion de que no se hubieran aprovechado las victorias de Lutzen y Bautzen para la celebracion de la paz, considerándose como sacrificada á una ambicion insensata, por el horror de los resultados conocia ahora los inconvenientes de un gobierno sin contrapeso. Desencantada del genio de Napoleon, no habiendo creído jamás en su cordura, aunque sí en su invencibilidad y con fé entera, se hallaba á la vez disgustada de su gobierno, poco tranquila respecto de sus talentos militares, espantada de la inmensidad de las masas enemigas que se aproximaban á su territorio, moralmente quebrantada en suma, á la hora precisa en que para salvarse le hiciera falta el grande entusiasmo patriótico de que se sintió animada en 1792, ó toda la admiracion confiante que la inspiraba el Primer Cónsul el año de 1800. ¡Nunca, por fin, se encontró mayor abatimiento frente á frente de mas horroroso peligro!

Si el extranjero victorioso, que conocia parte de estas verdades, las penetrara á fondo, de fijo no se detuviera á las márgenes del Rhin mas que un dia, ni mas ni menos que el tiempo indispensable para juntar pan y cartuchos, y cruzara aquel rio que desde 1793 parecia una frontera inviolable, y marchara sobre Paris, ciudad en que antes semejaba residir perenne el genio de la victoria. Pero fatigada la coalicion de sus extraordinarios esfuerzos, sin salir del asombro de sus triunfos, á pesar de dos sucesivas campañas, concluidas con ventaja suya, se hallaba dispuesta á hacer alto junto al Rhin por entonces. ¡Ultimo respiro que al parecer

nos queria otorgar la fortuna antes de abandonarnos definitivamente!

Mas de una causa contribuia á esta disposicion de los ánimos en el seno de la coalicion, bien que la principal era nuestra gloria. Si la politica de Napoleon habia puesto en nuestro poder el mundo, la gloria que esparció sobre nosotros, el sin par denuedo con que sostuvimos sus gigantescas empresas, el recuerdo de la nacion francesa levantada el año de 1792 en masa para rechazar la agresion europea, circunstancias eran que daban qué pensar á las potencias continentales, siempre mas comprometidas en una lucha contra Francia. Se nos odiaba mucho, pero no se nos temia menos. La idea de pasar el Rhin, y de venir á desafiar en su territorio á aquella nacion que habia inundado la Europa con sus ejércitos victoriosos, dentro de la cual apenas se contaba un hombre que no hubiese esgrimido las armas, que censuraba la ambicion de su gefe, pero que acaso le sostendria con tenacidad, si despues de traerle sobre sus fronteras, se pretendia atravesarlas, esta idea perturbaba é intimidaba en el seno de la coalicion á los generales y á los ministros mas cuerdos. Fuera de que, ya expulsado Napoleon de Alemania ¿qué mas podia solicitarse? ¿Por ventura, despues de un triunfo inesperado, convenia tentar de nuevo á la fortuna, fracasar tal vez en una empresa temeraria, exponerse á ser arrojados mas allá del Rhin por la imprudencia de no pararse á sus orillas, hacer asi á Napoleon mas exigente que nunca, despertar en su alma aspiraciones proximas á extinguirse, y condenarse á una guerra sin término, por no haber sabido concluir la paz en hora propicia,

al modo que Napoleon no la supo celebrar en Praga? ¿Y no habia sido harto cruel la guerra? Todos los ejércitos europeos llevaban en sus cuerpos llagas muy hondas y sangrientas, en testimonio de lo que les habian costado, no solo Moscú, no solo Lutzen, Bautzen y Dresde, donde fueron vencidos, sino Katzbach, Gross-Beeren, Kulma, Dennewitz, Leipsick, donde quedaron vencedores. Si se exceptuan los prusianos, poseidos de cierta especie de furor nacional á causa de las excitaciones y el influjo de las sociedades secretas, el deseo de paz era general entre los militares de todas las naciones. Aunque muy valientes y envanecidos con sus victorias los militares rusos, á orillas del Oder habian querido hacer alto, y junto al Rhin lo anhelaban con razon mas fuerte, pues discurrían que era muy bastante venir peleando desde Moscú hasta Maguncia, y que ellos nada tenían que hacer á mayor distancia. Los austriacos, que lidiaban ya hacia veinte y dos años, que habian por fin arrojado al vencedor de Marengo, de Austerlitz, de Wagram, fuera de Austria y aun de Alemania, que sentian profundamente la necesidad de reposo, que en la prolongacion de la guerra no veian mas que la satisfaccion del odio de los prusianos y el acrecentamiento de la influencia de los rusos y de los ingleses, y quizá los riesgos de la derrota de todos, se inclinaban mucho á una paz que á la sazón prometia ser duradera. A la cabeza de estos militares figuraba el príncipe de Schwarzenberg, que mortificado por la violencia de los prusianos, por la afectacion de supremacia de los rusos, y por la tenacidad de los ingleses, se habia declarado por la paz de la manera mas resuelta; y en el campo de

los aliados su alta razon no era asunto de controversia para nadie. Y ¡cosa singular! el célebre general inglés lord Wellington, el primero de Europa que habia tenido el poderio de Napoleon en jaque, y cuyo renombre abultado por la distancia no habia cesado de extenderse, al parecer titubeaba ya cerca de las temibles fronteras de Francia. Y á fé que de timidez no se le podia acusar de ningun modo, porque en 1810 y en 1811 habia permanecido solo sobre el continente en armas, con riesgo á todas horas de ser lanzado al Océano por los ejércitos franceses. Asi y todo, lord Wellington, sin avanzar un paso despues de la batalla decisiva de Vitoria, dada á nuestras puertas, y á pesar de las excitaciones de su gobierno, declaraba que antes de atreverse á tocar el suelo abrasador de Francia, convenia reflexionarlo seriamente. ¡Ah, estos enemigos, que nos habian despreciado tantas veces y nos debian despreciar otras muchas, nos lisonjeaban ahora! No sabian que un prolongado abuso casi habia agotado el manantial de nuestras fuerzas, que el disgusto hacía un interminable despotismo y la indignacion contra una ambicion desapoderada, habian compelido á Francia á aislarse de su gobierno, y á considerar la guerra como hecha á éste mas bien que á ella misma. Este error de los enemigos no debia ser duradero, mas era general por entonces, y asi nos tributaban el homenaje de temblar á la sola idea de pisar nuestro territorio.

Esta disposicion pacífica notoria entre los militares, con exclusion de los prusianos, no se mostraba tan á las claras entre los hombres de Estado de la coalicion, aunque sí pronunciadísima en uno de los de más nota. Mr. de Metternich, ministro

profundamente previsor, que el año de 1813 habia acreditado una rara mezcla de ingenuidad y de astucia, de resolucion y de prudencia, repugnaba que se expusiera la fortuna de Austria á nuevos azares, y bajo este aspecto como bajo otros muchos se hallaba plenamente de acuerdo con su soberano. Ambos se habian decidido á la guerra porque Alemania lo demandaba á gritos, porque la ocasion de restablecer la situacion de Austria y de salvar la independencia de Alemania era demasiado propicia para no aprovecharla al golpe; mas, logrado el objeto, por reconquistar en su plenitud la grandeza antigua del Austria, no querian arrostrar el peligro de perder lo ya recuperado, de acrecentar desmesuradamente la preponderancia rusa en Europa, la preponderancia prusiana en Alemania, la preponderancia inglesa en los mares. Muy segura el Austria de no tener ya el gran ducado de Varsovia sobre sus fronteras septentrionales; de recuperar todo aquello de que se le habia desposeido para erigir este ducado; de volver á ganar la frontera del Inn, el Tirol, la Iliria y una porcion cualquiera de Friuli; de no tener que aguantar la Confederacion del Rhin, con esto se debia dar y se daba efectivamente por satisfecha. El emperador Francisco, tan constante en la adversa fortuna como templado en la venturosa, era de este dictámen con toda su alma, y Mr. de Metternich, ministro fiel de su pensamiento, lo adoptaba del todo. Por lo demás el matrimonio de Maria Luisa, ideado únicamente en interés del imperio, no entraba por mucho en tan excelentes razones. Pero, si se pasaba el Rhin, de pronto surgía una cuestion que aún no habia

ocurrido á nadie, excepto á algunos ancianos sin consuelo, cuyas casi muertas memorias se acababan de convertir en vivas esperanzas, y esta cuestion era la de derribar á Napoleon mismo. Todo el anhelo de sus enemigos se habia cifrado en resistir su dominacion intolerable, en contener lo posible su ambicion excesiva; pero derrocarlo del trono de Francia no habia entrado en mente alguna. Sin embargo, vencer á un hombre, cuyos titulos todos se fundaban en la victoria; despues de haberle vencido en Rusia, en Polonia y en Alemania, vencerle tambien en la misma Francia, si se acometia la empresa y se llevaba á cabo, de aqui podia nacer la idea de atacar su persona, y de arrebatarle con la espada una corona que por la espada se habia ceñido. Esta sola idea exaltaba de júbilo á los prusianos, y hacia latir con fuerza el corazon de Federico Guillermo á pesar de lo apacible y moderado. Por lo que hace á Alejandro, á quien Napoleon habia humillado personalmente, ni en sueños habia pensado en tan ruidosa venganza, pero ya que se la ofrecian los sucesos, lejos de repugnarla, nada apetecia más que saborearla del todo. Ahora bien, suponiendo logrado el objeto ¿qué se haria del trono vacante de Francia? De esto no se cuidaban los prusianos, con tal de que precipitasen de la cúspide de las grandezas al que tantas veces les habia hollado con sus plantas, ni tampoco Alejandro, pues tambien se vengaria asi de los desdenes del conquistador orgulloso. Pero el odio no cegaba al emperador Francisco ni á su ministro, atentos solo al interés de Austria, y que, suponiendo cruzado el Rhin por los aliados, se preguntaban qué se haria mas lejos.

No influa grandemente en el ánimo de ambos personajes el matrimonio de María Luisa, á pesar de ser buen padre el emperador Francisco, sino que les ocupaban otras consideraciones. Ninguna potencia habia sufrido de resultas del espíritu innovador lo que el Austria, ni habia sostenido tantos combates en contra y durante no menos de tres centurias. En el curso del siglo XVIII se encontró con Federico el Grande y perdió la Silesia. En el curso de la revolucion francesa, se encontró con Napoleon, y perdió la corona germánica, y los Países Bajos, y la Suabia, y la Italia. Bajo Carlos V la hallaríamos á las manos con Lutero, esto es, con el espíritu innovador, si nos remontáramos á la reforma protestante. Asi el odio á las revoluciones constituia alli una política tradicional, apenas interrumpida un instante bajo el emperador José II, y reanudada muy luego bajo sus sucesores, y activísima bajo el emperador Francisco y Mr. de Metternich, á la par que muy previsoras. Por esto se preguntaban uno á otro, con una ansiedad de que no participaba ninguno de sus aliados, á quién se daria á regir aquella Francia tan espantable, que ademas de su terrible espada tenia en las manos la tea no menos terrible de las revoluciones. Bajo muchos conceptos les convinieran los Borbones por reyes, mas apenas pensaban en volver á empuñar el cetro, á causa de pensarlo Francia y Europa menos todavía, y de dudar ellos de su capacidad propia. Les parecia difícil de reemplazar un soldado de génio, determinado á refrenar la revolucion de que habia nacido, no por consecuencia de preocupaciones de que no participaba de ningun modo, sino por el doble amor al orden y

al mando; y poniendo la mente menos en María Luisa que en la revolucion francesa, próxima á empezar de nuevo su formidable curso, no se inclinaban á destronar á Napoleon ni por asomo.

Satisfechos con los resultados obtenidos, temiendo mas bien que anhelando la vacante del trono de Francia, una vez llegados á orillas del Rhin opinaban el emperador Francisco y Mr. de Metternich por hacer á Napoleon nuevas ofertas pacíficas, y ¡cosa inesperada! Inglaterra, tan tenaz enemiga de la familia Bonaparte, se inclinaba á la sazón á las miras del gabinete de Viena. Habiendo pregonado antes el gabinete británico el deseo de restablecer á los Borbones sobre el trono de Francia, y sufrido de resultas por espacio de veinte años los ataques de la oposicion que le acusaba de sostener una lucha ruinosa por un objeto extraño á Inglaterra, se manifestaba temeroso de este cargo, y á fuerza de rebatirlo, casi habia acabado por no merecerlo. Lord Aberdeen, su representante cerca de las córtes aliadas, uno de los espíritus mas rectos y sesudos que han servido jamás á Inglaterra, bajo este aspecto vino en apoyo de Mr. de Metternich, no vacilando en expresar, que, si Napoleon hacia las concesiones necesarias, no habia más que tratar con él como con cualquier otro, y considerarle como un soberano legitimo á todas luces.

Por consiguiente, ya á las márgenes del Rhin los aliados, por fuerza tenian que abrazar un partido sobre este punto. Además les obligaban á obrar así ciertos antecedentes. No bien efectuada la union de Austria á las potencias beligerantes, y todavía en Bohemia, Mr. de Metternich propuso é hizo adoptar algunas resoluciones importantes,

enderezadas todas á precaver el espíritu de discordia comun á las coaliciones. En primer lugar, ya que se hallaban juntos los soberanos y sus principales ministros, les propuso no separarse hasta el fin de la guerra. En segundo pidió y obtuvo el nombramiento de un general solo, que fué el príncipe de Schwarzenberg, segun se ha visto. En tercero estableció como objeto, no la conquista, sino la restitution á cada cual de lo que se le habia quitado. Como esta base podia ofrecer duda respecto de Prusia y del Austria, que de veinte años atrás venian sufriendo tan numerosas transformaciones, se convino para una y otra en la condicion precisa de su estado antes de la guerra de 1805, y además, en que permanecerian como depósito en manos de la coalicion las provincias reconquistadas. Finalmente logró que se dividiese la guerra, no en campañas ni en años, sino en periodos medidos por la importancia de las ventajas conseguidas. Así la marcha y la llegada al Rhin debian constituir el primer periodo. Si habia necesidad de abrir el segundo se terminaria sobre las cumbres de los Vosgos y los Ardennes. No concluiria hasta dentro de París el tercero, en el caso de ser forzoso llevar la guerra tan adelante. Sin especificarlo, naturalmente resultaba de estas resoluciones con tal profundidad concebidas, que á la expiration de cada periodo habria una pausa antes de comenzar el siguiente, para examinar si la paz era ya posible.

Así, por todas las enunciadas razones, Austria, sin tomar la iniciativa de una nueva negociacion por ello, queria noticiar á Napoleon que era el instante de entrar en acomodos, queria acomodarse.

le que fuera mas prudente que en Praga, y se aplicara, además de á conservar un trono, aún no disputado por nadie, pero que se le podia disputar en lo sucesivo, una Francia todavía muy hermosa, la del tratado de Luneville. Hallándose entonces reunidos en Francfort los soberanos y sus ministros, el acaso les deparó la coyuntura de transmitir á Napoleon su pensamiento genuino, pensamiento sincero entonces, como que el Rhin estaba por cruzar todavía. Francia habia tenido en Weimar un ministro, Mr. de Saint-Aignan, que á sus buenas luces unia un carácter dulce y conciliador, con más la ventaja muy apreciada por aquel tiempo de ser cuñado de Mr. de Caulaincourt. Efectivamente, para nadie era un secreto en Europa que á la faz de la córte de Napoleon sobrado sumisa, Mr. de Caulaincourt tenia el buen seso de abogar por la causa de la paz, y este mérito agregado á su posición elevada, hacia que los extranjeros le miraran como al servidor más respetable del imperio. A consecuencia de una interpretacion harto brutal del derecho de guerra, á la entrada en Weimar, se consideró como prisionero á Mr. de Saint-Aignan, su cuñado. Se le confinó á Toeplitz por de pronto, mas luego se le trajo á Francfort, donde fué resarcido de un momentáneo desabrimiento por contemplaciones sin tasa. Allí se le propuso tomar á cargo la mision de encaminarse á París y de sugerir á Napoleon la idea de un congreso, que se reuniria en la frontera sin demora, para tratar de la paz sobre la doble base de los límites naturales para Francia y de una independencia completa para todas las naciones.

Mr. de Metternich fué el que antes que otro al-

guno habló á Mr. de Saint-Aignan á solas, para brindarle con esta especie de embajada. Le afirmó que Europa deseaba la paz y la queria honrosa y aceptable para todos; que sabia que despues de veinte años de victorias habia adquirido Francia el derecho de ser respetada, y que lo seria de seguro; que no se pensaba en que volvieran al ser y estado que tenian las cosas, pues la misma Austria no pretendia recuperar todos sus antiguos dominios, y se contentaba con volver á una situacion conveniente y tranquilizadora; que estas eran sustancialmente las aspiraciones de todos los príncipes aliados; que en señal de su alta prudencia le habian encargado de proponer á Francia sus fronteras naturales, á saber: el Rhin, los Alpes y los Pirineos, pero mas allá nada; que ya era hora de pensar en la paz conveniente á todos, á Europa sin duda, y tambien á Francia, y en particular á Napoleon todavía mas que á ninguna de las potencias beligerantes; que habia levantado contra sí una tempestad horrorosa; que sin cesar iba en aumento la irritacion extraordinaria en contra suya; que inspiraba una rabia guerrera y difícil de contener á los combatientes; que si lo reflexionaba despacio, por fuerza veria que los sentimientos que agitaban á Europa habian penetrado en la misma Francia, y que tal vez aconteceria que pronto se hallara tan aislado en su país como en todo el mundo; que por tanto era llegada la ocasion de tratar honrosamente; que desaprovechada, la guerra seria sañuda, implacable y de cabal ruina para unos ú otros; que lejos de haber en la coalicion ni leves divisiones, se harian de consuno todos los sacrificios necesarios; que se ofrecia la paz de muy buena fé, y general por mar

y tierra; que Rusia, Prusia y hasta Inglaterra, la deseaban concordes, no debiéndose abrigar sobre este punto la mas remota desconfianza, por ser universal el deseo de atajar la efusion de sangre; pero que no convendria reincidir en el lastimoso error cometido en Praga, donde por no darcédito á Austria, ó por no resolverse á tiempo, se habian perdido algunas horas, dejando escapar la ocasion de terminar la guerra bajo condiciones que no se obtendrian ya nunca. En corroboracion de sus palabras, Mr. de Metternich introdujo sucesivamente á Mr. de Nesselrode y á lord Aberdeen, quienes las repitieron en términos mas cortos y no menos formales. Lord Aberdeen afirmó en nombre de su propio gabinete, que no se queria rebajar, ni humillar á Francia, y que no se pensaba en disputarle sus fronteras naturales, pues sabido era que habia acontecimientos sobre los cuales no se debía volver la vista; mas repitió que fuera de estos limites se habia determinado no otorgar á Francia, ni territorio, ni autoridad positiva, ni aun influencia, salvo la que los grandes Estados ejercen unos sobre otros, cuando se saben servir de las ventajas de su posicion sin abusar de ellas.

Por lo que Mr. de Saint-Aignan vió y oyó en punto á la sinceridad del lenguaje no concibió ni sombra de duda. Su respuesta fué que, cogido de sorpresa y no teniendo mision de ninguna clase, lo podia oír todo, sin faltar á instrucciones de que carecia absolutamente, y que referiria con fidelidad lo que se encargaba á su celo, si bien para mayor exactitud, seria preferible que se le diera por escrito lo sustancial de las condiciones propuestas. No vió en ello Mr. de Metternich dificultad al-

guna, y entregó á Mr. de Saint-Aignan una nota muy corta y precisa con las siguientes enunciaciones.

Europa no se dividirá suceda lo que sucediere, y permanecerá unida hasta la paz. Esta paz debe de ser general, marítima como continental. Se fundará sobre el principio de la independenciam de todas las naciones, dentro de sus límites naturales ó históricos. Francia conservará el Rhin, los Alpes, los Pirineos, si bien no traspasando este territorio: Holanda quedaria independiente, y con posterioridad se señalarian sus fronteras á la parte de Francia: Italia seria tambien independiente, y cabria discutir sobre los límites de Austria á la parte del Friuli, asi como sobre los de Francia á la del Piemonte. España recuperaria su dinastía; esta condicion era *sine qua non*. Inglaterra haria asimismo restituciones allende los mares, y cada nacion gozaria de la libertad del comercio tal como fuera estipulada por el derecho de gentes, etc.....

Solo sobre este último punto suscitó lord Aberdeen algunas dificultades de redaccion, mas dejése á Mr. de Metternich, que tenia la pluma, el cuidado de hallar los términos vagos de que acabamos de dar cuenta, y sin tardanza se despachó á Mr. de Saint-Aignan á Maguncia, haciéndole portador de las palabras mas afectuosas para Mr. de Caulaincourt; entre ellas que se le tenia por tan hombre de bien y de tal rectitud, que sin dificultad se le aceptaba por árbitro de las condiciones de la paz, si le queria conferir Napoleon plenos poderes para ajustarla.

Mr. de Saint-Aignan llegó á Maguncia el 11 de noviembre, y á Paris el 14. Se apresuró á entregar

su mensaje á Mr. de Basano, quien trasmiti6lo á Napoleon de seguida. Fuerza es reconocer que este ministro habia cambiado mucho. De su infatuacion peligrosa no conservaba mas que las exterioridades: su espiritu y aun su carácter habian aflojado bajo el peso de los acontecimientos. Asi tuvo la sensatez de apoyar cerca de Napoleon las proposiciones de Francfort. ¡Y sin duda aun eran muy bellas y muy aceptables! ¿Qué podiamos apetecer en realidad mas allá del Rhin y los Alpes? ¿Qué habiamos encontrado al extralimitar esas fronteras tan poderosas y tan distintamente trazadas? Nada mas que el odio de los pueblos, la efusion continua de su sangre y de la nuestra, troncos de familia de sustentacion dificultosa, casi todos por tierra á la sazón ó en contra de nosotros mismos, porque á una influencia legitima sobre pueblos comarcanos, quisimos dar la forma humillante de reinados extrangeros; y si finalmente, por cariño fraternal ó por orgullo exigiamos de todos modos algo allende el Rhin ó los Alpes ¿no quedaba en los términos usados para fijar los límites de Holanda y de Italia el medio de obtener bastantes indemnizaciones de familia?

De consiguiente, ni siquiera una razon habia para desecher las proposiciones indirectas, si bien positivas, de Francfort. Asi es que Napoleon no pensaba tal ni por asomo, aun cuando su orgullo padecia cruelmente; pero recogia el triste galardón de sus errores, dado que de ningun modo se podia manifestar aquiescente sin debilitarse. No aceptar sin tardanza las proposiciones enviadas de Francfort, valia tanto como dejar á la coalicion la ventaja de desdecirse cuando acabara por conocer la des-

nudez de Francia, la diseminacion de sus recursos desde Cádiz hasta Dantzick, su abatimiento moral, su desvío de Napoleon, y especialmente cuando, exaltado el pueblo inglés á la nueva de las últimas victorias de los aliados, no se contentara sino con sacar hasta las últimas consecuencias de tales triunfos. Este peligro habia, y á la verdad era el mas grave, pero tambien se presentaba otro y era el de confesarse á sí mismo lo que se temia que la coalicion adivinara muy en breve, revelando con allanarse á ceder al cabo la impotencia á que se estaba reducido. En carácter menos entero que el de Napoleon, se tomara por espiritu de conciliacion la condescendencia; pero en el suyo asentir de seguida á todos los extremos, para ligar sobre todo á las potencias aliadas, equivalia á confesar una penuria desastrosa. De esta suerte junto al peligro de resistir se alzaba el de ceder, efecto comun del obrar desacertado, que lleva á situaciones en las cuales por donde quiera existe peligro, y tanto inconveniente hay en ir atrás como adelante.

Sin embargo, consistiendo el mayor peligro en aparecer intratables, y suministrar así á los que nos hacian, á pesar suyo, las concesiones de Francfort, el derecho de retirarlas, mas valia consentir en todo y sobre la marcha, aun á riesgo de revelar un secreto que de todas maneras no se podia ocultar muchos dias. Napoleon quiso acreditar cierto anhelo de negociar con la prontitud de la respuesta, pues no tomándose para reflexionar mas que el día 15, la contestacion se extendió de órden suya al siguiente, mas de forma nada feliz por cierto. Ninguna explicacion sobre las bases enviadas, y por consiguiente ninguna aceptacion de las mis-